

consecuencias de su audaz determinación; exhaló un grito de triunfo, y dirigiéndose á su marido con apasionado reconocimiento:

— ¡Oh! ¡gracias, Felipe!—dijo extendiendo hacia él los brazos.

Pero instantáneamente, al ver á su marido de nuevo impassible, desapareció su entusiasmo.

—No tiene V. nada que agradecerme,—dijo éste.—Al defender á V., lo que defendía era mi honor.

Clara permaneció muda y sombría.

—No olvide V.,—añadió Felipe,—que tiene aquí convidados, y que es preciso no sepa nadie lo ocurrido.

Ofreció su brazo á la Baronesa, cuyos nervios estaban tan excitados que tenía á la vez ganas de reír y de llorar. Clara enjugó una lágrima que se deslizaba por su mejilla, y sonriendo tristemente al Barón, que había quedado junto á ella:

—Ven,—le dijo;—puesto que es necesario, vamos á bailar.

XVIII.

La noche pareció á Clara cruelmente larga. Sola en su dormitorio, comprendió toda la gravedad de la situación, y se espantó.

Había obrado ciertamente con perfecto derecho. Desafiada, amenazada, ultrajada en su domicilio por implacable enemiga, no pudo contenerse, y la echó de su casa. Pero su cuestión particular era ya general, y obligado su marido á defenderla, el choque con el Duque inevitable. Creía estar viendo la enigmática sonrisa de Bligny cuando dijo «comprendido,» y esta sonrisa le estremecía. Sabiendo cuán peligroso adversario era el Duque, comprendió que si no podía evitarse el combate, Felipe estaba en gravísimo riesgo. Al terminar la fiesta había visto al Barón y á Octavio en conferencia con La Brede y Moulinet. Preguntó á su hermano y á Prefont, quienes le contestaron evasivamente, asegurándole con aspecto poco franco que las gestiones producirían un arreglo. Meditaba Clara qué arreglo podía haber entre aquellos dos hombres que se odiaban. El Duque había fijado claramente los términos de la cuestión: ó excusarse ó aceptar la responsabilidad, es decir, una reparación. Ni por un momento pensó que su marido diese explicaciones; por consiguiente, el duelo era inevitable.

Pertenecía Clara á una raza valiente, á cuyas mujeres jamás hizo palidecer el choque de las armas. Su abuela, una Bligny, había recorrido los hondos caminos de la Vendée con las bandas de Etofflet, disparando su carabina, cuando la ocasión se pre-

sentaba, contra los azules. Su padre, el Marqués de Beaulieu, á los diez y seis años se había encerrado en la Penissiere, donde le encontraron á los tres días bajo los escombros de la granja con un brazo roto de un balazo. Su raza era valerosa; pero si no temía á la muerte por sí, la temía por Felipe. La superstición intervino, y creyó que su casamiento con Derblay lo condenaba el destino, teniendo el presentimiento de que si se batía su marido sería muerto.

Espantosas imágenes pasaron ante sus ojos. Vió sobre la hierba manchada de sangre á Felipe, tendido é inanimado, y al Duque en pie con la pistola aun humeando en la mano, sonriendo con su pérfida sonrisa. ¿Por qué habían de elegir la pistola? ¿Por qué habían de batirse con arma tan peligrosa? Decíase en vano que acaso se batieran á espada; pero de continuo veía á los dos hombres con la pistola en la mano, oía la doble detonación, ascendiendo en el aire corta y azul humareda, y cayendo pesadamente al suelo Felipe, herido de muerte.

Para librarse de esta pesadilla que, despierta, la dominaba, se asomó al balcón. La temperatura era apacible, la noche de una transparencia admirable, y centelleaban las estrellas. Apagábanse en los árboles del parque los farolillos venecianos que, reanimados momentáneamente por alguna ráfaga de viento, brillaban en la oscuridad como

puntos rojos. Parecióronle con horror aquellos puntos rojos manchas de sangre, y espantada cerró el balcón, corriendo las cortinas para no ver los siniestros resplandores.

Empezó á andar por la habitación, pensativa, absorta, dando vueltas en su imaginación al lúgubre temor de la muerte de Felipe, y se sorprendió de hablar alto, diciendo: «Causo la desgracia de cuantos se me acercan.» El sonido de su voz en el silencio de la estancia le asustó. Sentóse en una butaca é intentó leer, pero sentía en sus oídos el retintín de una campana tocando á muerto.

Quiso saber entonces lo que hacía Felipe. Atravesó de puntillas el salón pequeño, y llegó hasta la puerta de la habitación de su marido, silenciosa y oscura. No se advertía en ella ni ruido ni luz. Creyó que dormía, y esta idea la tranquilizó un poco. Volvió á su estancia y pasó el resto de la noche medio despierta, dominada por una agitación imposible de calmar.

Felipe no estaba en su cuarto ni dormía. Encerrado en el despacho, debajo precisamente de la habitación de Clara, no ignoraba que el lance entre él y el Duque sería grave. Los cuatro padrinos habían conferenciado aquella misma noche, y siendo la cuestión sencilla, el acuerdo fué inmediato.

A pesar de las desoladas súplicas de Moulinet, que á toda costa quería evitar el

duelo, se convino en realizarlo á las ocho de la mañana siguiente en el límite de los bosques de Pont-Avesnes y de la Varenne, á igual distancia de ambos edificios en la misma encrucijada de los Estanques donde pocos días antes resonaban las alegres carcajadas de los cazadores para festejar el *lunch* suntuosamente preparado.

El arma elegida por el Duque fué la pistola. La distancia, treinta pasos, disparando á voluntad. Felipe admitió sin repugnancia estas condiciones. Aunque poco práctico en el tiro de pistola, era un tirador certero de carabina, y seguro de su golpe de vista, imaginaba con feroz alegría que al arriesgarse á recibir la muerte estaba casi cierto de causarla. Entre aquellos dos hombres, dotados de igual valor y de probada sangre fría, imposible era saber de antemano quién sería el vencedor, pero no era dudoso que uno de los dos quedaría en el campo.

Solo con su conciencia, y quedándole quizá pocas horas de vida, entregóse Felipe á profunda meditación. Examinó con lealtad su conducta, atormentándole únicamente la idea de haber sido quizá demasiado duro con Clara. En esta hora suprema inspirábale profunda compasión aquella alma turbada, que, después de lavar con sus lágrimas la falta cometida, tanto le amaba. La altiva mujer que tan duramente le rechazó un día, era ya humilde y cariñosa, gracias á la dura

prueba que le había hecho sufrir. Tenía, pues, derecho á creer que, de vivir, sería Clara su tierna esposa, y muerto le recordaría eternamente.

Este era el objeto que se había propuesto, y estaba conseguido. Sintióse más tranquilo y no le pesó en el fondo de su conciencia haber batido aquel carácter de bronce para moldearlo á su gusto. Comprendió que el resultado obtenido era una garantía de felicidad para Clara si la suerte le permitía volver sano y salvo. Entregada á sí misma, y en el extravío de sus ideas morales, hubiese sido su infortunio seguro. Demasiado inteligente para dejar de comprender que había amargado su vida, y demasiado orgullosa para confesar que era por culpa suya, su existencia, devorada por la ira y agriada por estériles arrepentimientos, hubiera sido penosísima. La lección que le había dado debía serle muy saludable. Vencido el insufrible orgullo de la joven, ya era posible su felicidad.

Pero desgraciadamente, cuando terminaba la obra de regeneración, tenía Clara ante sí risueño porvenir. ¿La hundiría el destino adverso en eterna desesperación?

Oyó Felipe en el silencio de la noche ruido de pasos sobre su cabeza, y estremeciéndose escuchó. Era el andar continuo, regular, automático, de aquella pobre mujer que sufría tan crueles angustias, separada

únicamente de él por el grueso del techo y tan alejada sin embargo por la implacable voluntad del marido ultrajado.

En cada vibración del pavimento bajo el pie de Clara, adivinaba Felipe la horrible agitación de la joven. Imaginábala andando por su habitación con los ojos secos, crispadas las facciones, trémulas las manos, y con el aspecto sombrío que en los arrebatos de dolor ó de ira tantas veces había notado en ella. Sintió conmovido el corazón, y por primera vez cedió al amor la firmeza de su carácter. Apretada la garganta, latándole las sienas, le dominó violento deseo de ir en busca de aquella mujer que adoraba y que no era suya. Dióse á sí mismo razones como niño para justificar su resolución. ¿No era locura arriesgarse á morir sin llegar á tenerla en sus brazos y hundir la boca en las perfumadas trenzas de sus rubios cabellos? Con solo una palabra que pronunciase, se arrojaría ella á su cuello. Faltaban algunas horas para que llegase la luz del día, y podía disfrutar las desesperadas delicias de una noche de amor, que acaso fuera la última de su vida. Este ardiente pensamiento le produjo un vértigo, y su carne se estremeció. Dió algunos pasos, y ya tocaba á la puerta con la mano, cuando un impulso de su voluntad le detuvo.

¿Era capaz él de dejarse arrastrar por tan mezquina debilidad? Después de tantos su-

frimientos, ¿le faltaría valor en aquel instante? ¿Se rebajaría hasta ir á mendigar de la mujer á quien había domado y vencido, algunas horas de degradante placer? Encontrábase en el momento en que iba á decidirse material y moralmente de toda su vida. Si sobrevivía, Clara sería suya sin vacilaciones en lo presente ni temores en lo porvenir. Si moría, quedaba ante sus ojos grande, activo, implacable. Buen jugador, quiso arriesgar por completo la partida. O todo ó nada: ó una existencia de pura felicidad, ó la muerte fría y silenciosa. Resuelto á ello, volvió á sentarse junto al escritorio.

Sobre su cabeza continuaba Clara el febril paseo. Oyóla abrir la puerta, atravesar el salón con paso furtivo é ir hasta su habitación, y escuchando atentamente, sonrió. A los pocos momentos, Clara volvió á su estancia. Como él, había tenido ella la idea de hacer las paces, y como él se detuvo al intentarlo. Comprendió entonces cuánto habría perdido en el ánimo de su mujer adelantándose á ella en esta ocasión. Comprendió también que hubiese dejado de ser el hombre superior que todo lo dominaba por su voluntad, para convertirse en un sér vulgar á merced de sus sentidos.

La débil claridad que anunciaba el día atrajo su atención á las materiales ocupaciones de sus últimos instantes. Quiso, por si moría, dar á su hermana firme apoyo. Había

podido apreciar las excelentes condiciones del Marqués de Beaulieu, advirtiendo en este joven un entendimiento serio y un corazón sensato.

Si contestó con una negativa á la petición de Clara, fué por permanecer fiel á su táctica conyugal, dando un golpe más rudó que todos los anteriores al carácter de su mujer. Conociendo en aquel momento que se aproximaba la crisis definitiva, decidió reparar en seguida el daño causado á Octavio. Además, Susana le amaba, y la idea de causar una pena á aquella niña que había sido el encanto de su vida, le acongojaba el corazón.

Resolvió, pues, que se casaran los dos jóvenes, y para mayor solemnidad dió el consentimiento en forma testamentaria. Tranquilo y atento tomó todas sus disposiciones; dividió su fortuna en dos partes, una para Susana y otra para Clara, rogando á «su amada esposa que se dignara aceptarla en recuerdo del profundo cariño que la había profesado.» Escogió entre sus ingenieros el más probo y capaz para sustituirle en la dirección de su industria, y tomadas todas las determinaciones se propuso dormir algunos instantes, porque necesitaba tener la mano tranquila y la vista segura. Tendióse en el ancho diván de cuero, exhaló un suspiro y cerró los ojos.

En el castillo de la Varenne era grande la emoción. Atanasia había vuelto de Pont-

Avésnes con inexplicable rabia en el corazón. En el momento en que la mujer que odiaba parecía definitivamente abatida y á merced suya, un vigoroso arranque la había hecho triunfar con altivez, y ella, la Duquesa de Bligny, veíase humillada, arrojada, vencida, no ocultándosele que aquella ruidosa ruptura de relaciones le causaba daño irreparable.

Toda la familia del Duque se ponía de parte de Clara. Serían conocidos los motivos del desafío, y su vergonzosa expulsión referida, comentada y exagerada por una sociedad que la detestaba. Esta idea hizo rechinar los dientes á Atanasia y le inspiró deseos de sangrienta venganza. Hubiese querido estar en el caso del Duque para que su homicida empresa fuera mejor y más seguramente realizada. Deseó ver á Clara viuda, enlutada, pálida, afligida, maldiciendo la hora en que había ultrajado á su rival, y pensó que, matando al esposo á quien amaba, hería también de muerte á su enemiga. Dejando escapar horrible carcajada, arrojó con violencia los guantes y el abanico sobre la mesa del salón en que acaba de entrar, y volviéndose á su padre y á su marido, que la miraban silenciosos, dijo con rabia:

—Necesito que maten á ese hombre que defiende á la que me ha insultado.

Hubo un momento de estupor, aterrado Moulinet por la trágica exclamación de su

hija, y admitado el Duque de encontrar en Atanasia una intensidad de odio igual á la suya. Censuraba éste, sin embargo, á la Duquesa haber ocasionado un escándalo que terminó para él y para ella en humillante retirada, y la reprendió por no haber sabido contenerse. Habituaado á las perfidias disimuladas con los más finos modales, y á los odios disfrazados con sonrisas de la sociedad aristocrática, parecióle Atanasia horriblemente vulgar y torpe. En último caso, la actitud á lo Borgia que tomó la joven le aburrió, y mirándola tranquilamente, dijo con indiferencia:

—¡Matar á ese hombre! Eso es fácil de decir, querida; frases como esa están bien en un melodrama, pero en la vida ordinaria son ridículas. Te conviene perder la costumbre de las palabrotas y los ademanes exagerados.

Y añadió con fría sonrisa:

—Por lo demás, puedes estar segura de que haré lo posible por darte gusto.

—Permitame V., señor Duque,—dijo entonces Moulinet despertando de laboriosa meditación:—le veo á V. dispuesto á llevar las cosas al último extremo...

—¿No ha oído V. á su hija, señor mío?—dijo tranquilamente Bligny.—¿Me cree usted tan desconocedor de mis deberes que no defienda á mi mujer?

—No se trata de eso,—replicó Mouli-

net,—y confieso que V. ha obrado con perfecta caballerosidad. Pero mi hija es una loca al excitarle á la violencia cuando sólo se le debe aconsejar la conciliación. Todo puede arreglarse, puesto que sólo se trata de pasajero desacuerdo entre dos amigas, de insignificante cuestión entre dos primas, que terminará con un abrazo. ¡Pero un duelo, un escándalo, una ruptura! ¿No medita usted las consecuencias? Para V. son enormes, ¿y para mí?... ¡Para mí son desastrosas!... ¡Usted mata mi candidatura!

Apesar de la gravedad de la situación no pudo menos el Duque de echarse á reír, y Atanasia, hundida en una butaca y replegada como una víbora, dejó oír un desdeñoso murmullo.

—Perdón, señor Duque,—añadió Moulinet con aire de autoridad,—creo haber hecho bastante por V. para permitirme algunas exigencias. Es preciso que esta deplorable cuestión se arregle. Todos los días ocurren otras semejantes que terminan pacíficamente. La cosa es fácil. Se redactará un acta, de la cual resultará que la señora Derblay retira lo que ha dicho. Mi hija retirará lo que ha respondido. Usted, yerno mío, retira su provocación, y retirando cada cual alguna cosa, sólo faltará...

—Que nos retiremos nosotros mismos,—dijo el Duque.

—Esto es lo que se hace de ordinario.

—Pero no cuando se trata de personas como el Sr. Derblay y yo. Créame V., señor Moulinet, imponga silencio á su excelente corazón, ahogue las quejas de candidato alarmado y deje marchar las cosas tal y como han sido arregladas... Tengan ustedes buenas noches: necesito hablar con La Brede antes de acostarme.

Y saludando á su mujer y á su suegro con tranquilidad, salió el Duque.

Moulinet dió entonces algunos pasos hacia Atanasia.

—Vamos á ver, mi querida hija,—balbuceó.

La Duquesa, sin mirarle, fría y pálida, se levantó, y empujando con mano airada la puerta de su habitación, desapareció. Movió Moulinet melancólicamente la cabeza, y por primera vez comprendió que existían dificultades imposibles de vencer con dinero.

—Consultemos con la almohada,—dijo; —mañana será de día y todos veremos más claro.

Con una vaga esperanza de que se arreglaría la cuestión, fué á tenderse en la cama del emperador Carlos V.

Dos horas hacía ya que Felipe dormía tranquilo sueño, cuando le despertó una ligera presión en el hombro. Abrió los ojos, y al ver al Marqués de Beaulieu, se puso vivamente en pie. Era ya de día. El reloj señalaba las seis y media.

—Tenemos tiempo,—murmuró Felipe.

Nunca se había sentido más tranquilo de ánimo y vigoroso de cuerpo, y esta sensación le enorgullecíó, porque aquel sér de imperiosa voluntad se alegraba secretamente al comprobar su fuerza moral. Fué al balcón y lo abrió, aspirando el puro y ligero ambiente impregnado del perfume de las flores húmedas de rocío. Miró distraído á las verdes y profundas masas del parque. Una bruma ligera, trasparente y azulada flotaba sobre los árboles como un velo, y el sol alto ya en el cielo hacía brillar la superficie tranquila del estanque. La naturaleza se había adornado sin duda para festejarle.

—¡Hermoso día!—exclamó alegre Felipe como si se preparara á salir de caza.

Miró al Marqués, y en sus tristes ojos leyó una censura. Acercóse entonces á su cuñado, y estrechándole afectuosamente la mano le dijo:

—No se sorprenda V. de encontrarme descuidado y casi alegre. Tengo el presentimiento de que todo se acabará bien para mí.

Y con acento grave, añadió:

—Sin embargo, como conviene prever una desgracia, he tomado las disposiciones precisas, que encontrará V. firmadas en esa carta.

Al mismo tiempo indicó un pliego cerrado

sobre la mesa, en cuyo sobre estaba escrito el nombre de maese Bachellín.

—Mi antiguo amigo y V. serán mis testamentarios. Dejo á V., mi querido Octavio, lo que yo más quiero.

La alegría resplandeció de pronto en el rostro del Marqués. Quiso hablar, pero le faltó la voz, y abrazando á Felipe se echó á llorar sobre su hombro.

—Vamos, Octavio, tranquilícese V., —añadió Felipe. —Espero que sea mi mano la que dé á V. á mi hermana, pero si no existiera yo, amigo mío, cuando VV. se casen, ámela bien, que lo merece. Es un corazón sensible que el menor dolor destrozaría.

Su voz era dulcísima al hablar de aquella niña, para quien había sido verdadero padre. Se pasó la mano por la frente, y añadió tranquilo y risueño:

—Voy á vestirme. ¿Quiere V. subir conmigo y me acompañará? Después iremos á buscar al Barón. Deseo salir de aquí sin que nadie lo advierta...

Octavio inclinó la cabeza sin responder, pero un momento después, y haciendo un esfuerzo, dijo:

—Felipe, antes de venir aquí esta mañana he visto á mi hermana... ¿Me promete usted no irse sin entrar antes en su habitación?

Miró Felipe al Marqués con ojos escrutadores.

—No conviene—añadió Octavio—que la deje V. sin darle ocasión de justificarse á sus ojos, si es posible...

Al ver que el dueño de la ferrería hacía un brusco movimiento de sorpresa, añadió gravemente el Marqués:

—Desde hace tres días sé lo que ha ocurrido, entre Clara y V. Todo me lo ha confesado, y conozco la culpabilidad de mi hermana, sintiendo infinito, créame V., los acerbos dolores que le ha causado, y admirándole por haberlos sabido ocultar. Pero ruego á V. que sea bueno é indulgente, y que no abrume á esa pobre y desesperada mujer. Es V. un hombre bravo y enérgico á quien todo puede decirsele. Piense usted que tal vez no vuelva ella á verle, y no la deje anonadada por el doble remordimiento de haberle amargado la vida, y quizá de haberle impulsado á la muerte...

Felipe apartó su semblante palideciendo, dió algunos pasos, y dirigiéndose después á Octavio, contestó:

—Haré lo que V. me pide, pero esta entrevista va á ser horriblemente penosa para su hermana y para mí. Procure V. abreviarla, viniendo á buscarme á su habitación para facilitarme la partida...

El Marqués hizo una señal de asentimiento, y estrechando cariñosamente la mano de Felipe, se alejó de él.